

una ciudad jónica y severa como una ciudad dórica; entre los intercolumnios toscanos interrumpidos por las estatuas clásicas, veáse la imagen de Platon; y en torno de la imagen de Platon, aquellos sacerdotes del helenismo, hablando á veces con fórmulas sibilinas, como los oráculos de Delfos y á veces en diálogos elocuentísimos como las sublimes conversaciones de la Academia, atizando las lámparas que ardian delante del busto de Platon como pudieran arder delante de la efigie de Cristo; y diciendo las ideas mas sublimes que subian como el humo de los sacrificios y de los holocaustos, al cielo inmaterial del espiritualismo. Una gran síntesis, semejante á la síntesis alejandrina, se formaba en la conciencia y en el espíritu de aquellos tiempos. Las Sibilas del Paganismo uníanse con las mujeres de la Biblia para entonar un coro al redentor de los hombres; los profetas de Jerusalem á los filósofos de Atenas; Proclo parecia un Elías y Salomon parecia un individuo de la Academia ó del Liceo; las páginas del Banquete se mezclaban con los salmos de David, y las predicciones de Isaías con los presentimientos de Virgilio; adorábase la Trinidad católica á través de las hipóstasis de la Trinidad alejandrina; se demostraba la existencia del Dios cristiano con los argumentos sacados de la teología platónica; y no solamente se estudiaban las afinidades de aquel tiempo con los tiempos antiguos, sino tambien las afinidades del alma humana con las piedras preciosas, con las flores campestres, con los orbes sidéreos, y no solamente venian en el árbol genealógico de las ideas á preceder á Cristo los dioses hermosos de los archipiélagos y de los territorios helénicos, sino tambien las serpientes orientales, la magia egipcia, la teurgia asiática, los dioses todos en que han creído los hombres durante la sucesion de los siglos en todas las regiones del planeta.

Tal estado de las inteligencias traia controversias ruidosas y supersticiones metafísicas y mágicas. Los platónicos y los aristotélicos luchaban con igual encarnizamiento que los blancos y los negros, que los güelfos y gibelinos, hasta el extremo de calumniarse mutuamente en sus personas, de perseguirse en sus vidas, de aniquilarse en sus obras quemándolas, mutuos y tristes inquisidores y verdugos de sus sendas y respectivas producciones. Pero, en esta lucha, levantábase cada vez mayor la imagen sublime de Platon, mostrada por Gemisto, bendecida por Bessarion, grabada en la conciencia

humana por aquel Marsilio Ficino, médico, teólogo, naturalista, taumaturgo, astrólogo, alquimista, escudriñador de las ciencias orientales y de las ciencias griegas, que al volver del coro dudaba si demostraria la divinidad de Júpiter ó la divinidad de Cristo; que, al levantar los ojos al cielo, probaba la metamorfosis de las creencias piadosas por la conjuncion de los astros; que leia al espíritu humano los horóscopos de lo porvenir como pudiera leerlos cualquier quiromántico; y que, mirando en la cima del Universo la sublime unidad de Plotino, derivaba de ella tales jerarquías y estirpes de esencias, que en sus esferas cabia la divina multiplicidad del Paganismo.

Todos estos sabios recibian proteccion directa de los Médicis; y esta proteccion trasformaba hondamente el humano espíritu y lo conducia bien léjos de los altares, á cuyos piés oraba el monje Savonarola. Pero pocas veces ha presentado la historia mayor copia de hombres eminentes en todas las varias clasificaciones del humano saber. ¿Quién puede olvidar aquel Palmieri, que escribia una crónica universal extendida desde los primeros días del mundo hasta los días últimos de su tiempo? ¿Quién puede desconocer la gloria de aquel Cortese que purgaba la teología de toda jerga escolástica? ¿Quién puede olvidar aquel Bernardino de Siena que iba de pueblo en pueblo renovando la vida mística de San Francisco de Asís y uniendo las voluntades discordes y acabando las guerras implacables? Ya hemos dicho de Eneas Silvio Piccolomini elevado á Papa que su prosa se parecia á la prosa de Ciceron, sus versos á los versos de Virgilio, su historia á las historias de Herodoto. Por todas partes pululaban los hombres de saber. Aquella austera Florencia semejábase á una inmensa escuela, cuya atmósfera parecia impregnada de ideas. Republicanos los florentinos, pero republicanos á la manera helénica, hacian de su patria una República cultísima y demandaban para los cargos públicos, especialmente para las cancillerías y las secretarías republicanas, á hombres notables, no por sus títulos nobiliarios, no por sus abuelos ilustres, sino por sus letras y sus ciencias. Admirable aquel Toscanelli que, estudiando las estrellas como los filósofos estudiaban las ideas, dió de mano á la astrología, y al ponerse la última piedra á la cúpula maravillosa de Santa María dei Fiori, grabó en ella un egnomon, que, señalando el punto del meridiano y el momento del solsticio, demostraba cómo desde allí partia una nueva ciencia, una nueva



transformacion del espíritu humano, el cual se consideraba como estrechado y reducido en los límites de la vieja Europa y presentia y adivinaba nuevos espacios, nuevas tierras, nuevas creaciones, pues de Toscanelli aprendió Colon muchas de las instrucciones y de las máximas y de las noticias que luego le sirvieron para lanzarse á los desconocidos mares y encontrar en sus inmensos senos el milagroso hallazgo de un Nuevo Mundo.

Realmente, en lo que Florencia brillaba con desusado brillo, era en el cielo de las artes. Parecia que un rayo de la luz creadora, de ese éter impalpable é invisible, esencia misteriosa de las almas, habia caido sobre aquel espacio de la tierra, y avivado á los intérpretes de la hermosura, tan inspirados, tan fieles al ideal, tan dueños de las formas acabadas y correctas, que diriais haber descubierto los tipos eternos de lo perfecto en la misma mente del Creador, donde están los moldes en que se vacian todas las cosas creadas y los soplos vivificadores en que se animan todos los espíritus. Por poca imaginacion que un espectador tenga, por poco que sienta las artes, por poco que conozca la belleza, quédase como suspenso y fuera de sí al ver aquellos hombres dotados de luz sobrenatural y venidos como á embellecer el planeta y llevarlo en sus alas al cielo, donde flotan los eternos arquetipos de la verdad, de la bondad y de la hermosura perfectas. No puede, no, olvidarse, no olvidará la humanidad nunca el siglo décimoquinto en la sin par Florencia. Aquí Ghiberti con su buril, que creeriais un pincel, talla y esculpe, ciñéndolas de flores, poblándolas de estatuitas, las clásicas puertas del Batistero, puertas triunfales tambien por donde el espíritu humano entra vencedor en el Renacimiento; allí Lucas de la Robia vacia en porcelana de mil colores así los objetos que mas han herido su fantasía en la naturaleza como las creaciones místicas de la liturgia católica, ornado todo de mil esmaltes y de líneas multicolores cuyos juegos increíbles desafian á los espléndidos arabescos; acullá el pobre Paolo Ucello hace descender las aves del aire á sus cuadros y gasta la vida entera en dar á sus sucesores las perspectivas mediante las cuales entra la atmósfera misma en el lienzo y en las tablas y se agrupan los varios personajes cual si anduvieran por el teatro de la realidad en las varias distancias de los inacabables horizontes; mas léjos Brunelleschi amontona piedra sobre piedra para erigir la rotonda de Santa María dei Fiori, apoteosis

del arte antiguo elevado sobre los arcos de las iglesias católicas; por do quier las figuras de Masaccio inspiradas en el organismo viviente, los cuadros de Lippi avivados en la naturaleza real, las gigantescas figuras de Fra Bartolomeo agrandadas como los nuevos hombres que han surgido de tantas revoluciones y que han respirado la vida del espíritu moderno, los frescos de Guirlandayo que retrata en sus armoniosas líneas el ateniense pueblo de Florencia, las esfinges y las estatuas de Donatello venidas á poblar aquellas logias y á animar aquellas iglesias y á embellecer aquellas encrucijadas, por todo lo cual parece como que en la República de la democracia florentina, el espíritu humano se ha divinizado, pues para acercarse en la tierra á Dios, ya sea por medio de la inteligencia, ya sea por medio del sentimiento, ya sea por medio de la inspiracion, se necesita y se necesitará siempre la fuerza maravillosa de la libertad.

Si deseais caracterizar esta época de los últimos dias del siglo décimoquinto, no encontrareis símbolo comparable en expresion á la personalidad casi inverosímil, por lo gigantesca, de Leonardo da Vinci. Cualquiera diria que el Creador le ha confiado su virtud creadora. No le basta concebir los pensamientos mas profundos; necesita encerrarlos en las formas y en las expresiones mas hermosas. No se contenta con brillar, como astro de primera magnitud en los cielos del arte; quiere brillar tambien, y con fulgores iguales, en los cielos de la ciencia. La verdad, la bondad, la hermosura parecen tres hipóstasis distintas que se han reunido en el alma de Leonardo, como el Padre, el Hijo y el Verbo se identifican en la unidad divina. Lo mismo vuela por la idealidad que anda por las tristes asperezas de lo real; y lo mismo traza en signos algebraicos un cálculo, que produce en músicos instrumentos de su propia invencion una melodía. Su pensamiento se abstrae en los conceptos mas abstrusos y su mano traza las figuras mas reales. Escultor, su estatua colosal superaba á todo lo hasta entonces conocido; ingeniero, sus obras de hidráulica riegan aun las viciosas cercanías de Milan y llevan el fecundo regocijo de la vida por los hermosos y dilatados campos de la feracísima Lombardía; geómetra, mecánico, óptico, anatómico, lo mismo iba á las escuelas de medicina que á los campamentos militares, y lo mismo publicaba un tratado sobre los secretos de la pintura que un tratado sobre los movimientos del oleaje. Id á



Milan y vereis el sitio donde se levantaban sus estatuas ecuestres, el trazado de sus acequias fecundantes, las parábolas de sus estudios astronómicos, las líneas de sus obras geométricas, las fórmulas de su álgebra, los conceptos de su metafísica, en las tablas sus Vírgenes y sus ángeles que sonrien con bienaventurada sonrisa, y en las paredes su Cena, que todos llevamos en la retina, donde cada apóstol expresa con verdad una emoción distinta, donde el odio se retrata en la fealdad de Judas y el amor en la hermosura de Juan, alzándose sobre todos aquellos rostros iluminados por pensamientos interiores el rostro de Jesús, en el cuadro, como en la teología, Dios y hombre á un mismo tiempo. Después de haberlas contemplado estas grandes personalidades, tened valor para maldecir del siglo, que las ha producido. Es el siglo de Leonardo da Vinci y de Cristóbal Colón; y en el momento que historiamos, allá por sus últimos años, Rafael ya ha nacido, Buonarroti ya ha trabajado, y Savonarola ya ha dicho sus más elocuentes sermones. ¿No os da tentación de preguntar á la naturaleza por qué ha roto los moldes donde forjara á esos hombres y de preguntar á Dios por qué no envía ya esos genios sobrenaturales del cielo á la tierra?

En verdad, cuando se observan todas estas excelencias del siglo, apenas se comprende las tendencias pesimistas y las inclinaciones á denigrarlo todo que resaltan, como es sabido, en el pensamiento y en el corazón de Savonarola. Mas la medalla tiene su reverso. Hay pocas, muy pocas edades, en que el espíritu se muestre perfectamente equilibrado y las facultades intelectuales y morales enlazadas en una completa armonía. La civilización griega, con ser tan armoniosa y con alcanzar una corrección que creemos perfecta, carece de esa intimidad psicológica del sentimiento, que caracteriza á nuestro tiempo, y sin la cual nos parecen los más hermosos objetos como formas sin idea, como organismos sin vida, como cuerpos sin alma. Pues si la civilización helénica pecó de un exceso de plasticismo y de forma, pecó por lo contrario la civilización de la Edad media. Desprecio de la Naturaleza, horror á las formas varias de la vida, clausura en órdenes religiosos ó militares que mataban la libertad, creencia en próximo Juicio Final, expediciones por un sepulcro, ciencias, ideas encerradas en el claustro como la luz bajo el almud, gobierno demasiado teocrático ó demasiado feudal, autoridad tiránica sobre la conciencia,

fórmulas escolásticas sobre la razón, hé ahí todo cuanto distinguía á la Edad media y todo cuanto caracterizaba los punibles excesos de su exagerado y desmedido espiritualismo.

El Renacimiento, para expresar su ideal, para reunir las dos edades de la historia, para resucitar el mundo clásico, para devolver á las esencias el relieve de las formas, caía como el mundo antiguo, como la antigua civilización, como los pueblos helenos y latinos, en vituperables excesos de un desmedido sensualismo. No puede caminar de otra suerte el espíritu humano, sino por acciones y reacciones exageradas en ciertos períodos de su desarrollo y en ciertas épocas de su historia. Solo cuando estas reacciones y estas acciones han rebasado de sus naturales límites, vienen á moderarlas esas edades sintéticas, de verdadero equilibrio interior, que dan á cada idea su derecho y á cada actividad su esfera, concordando así las facultades como los fines discordes. Para descubrir los tesoros de la antigüedad se necesitaba el paganismo natural de aquellos cristianos paganizados. Poggio, por ejemplo, en vez de asistir al concilio de Constanza, no obstante redactar sus cánones y sus declaraciones, iba por los desvanes de los conventos, y encontraba las Instituciones de Quintiliano, la Argonáutica de Flaco, la arquitectura de Vitruvio. Y luego este mismo Poggio se iba á los mentideros de los criados pontificios; y allí recogía los dichos, los refranes escandalosos, los cuentos verdes que luego escribía riéndose de las cosas y de las personas sagradas. Y sin embargo, su estatua fué colocada en la catedral sublime de Florencia. Semejante á Poggio, de la misma estirpe, aunque no del mismo talento, era el humanista Lorenzo Valla, cuya crítica suscitó una de las cuestiones más graves, sin duda alguna, de la historia pontificia. Sustentaban los Papas que el patrimonio de San Pedro les pertenecía, no por la donación directa de Pipino, no por las confirmaciones de Cárlo Magno, no por las conquistas de tantas ciudades intentadas y concluidas en períodos históricos, cuyo trascurso pasara á la vista de todo el mundo, sino por una donación expresa de Constantino, que al convertirse al Cristianismo, y llamarse protector de la Iglesia, quiso que los Papas de Roma tuvieran una independencia completa y les donó todas esas tierras. Tal idea, en falsos documentos apoyada, creció con tanto crédito que Arnaldo de Brescia, en sus elocuentes invectivas contra el poder político de los Pontífices, y Dante Ali-